

MIRET MAGDALENA

¿A DONDE VAS, ESPAÑA? (II)

Durante mi viaje a Alemania observé una reacción muy clásica entre nosotros los españoles: solemos olvidar que la diferencia de costumbres no significa ausencia de toda norma de vida.

Las alemanas tienen sus normas, como las suecas, las norteamericanas o las rusas; normas distintas de las nuestras, pero normas al fin y al cabo. Pero lo que ni ellas ni nosotros podemos echar en olvido es que, para el desarrollo de cualquier sociedad humana, es básico recordar que «el dominio de sí mismo, la auto-disciplina, no son una esclavitud: son también necesarios en el amor» (C. Zetkin).

Si a algunos les chocaron mis anteriores comentarios sobre el strip-tease, no vayan a creer que soy un moralista o un predicador solamente por el hecho de que en mi viaje comprobé lo que la psicología dice. «El strip-tease... es una promesa de satisfacer viejos deseos infantiles de naturaleza pregenital, como, por ejemplo, el impulso a mirar... o de conocer lo secreto» (M. Grotjahn, «La Máscara Burlona»).

Toda esta mezcla de tentadora satisfacción religiosa y de infantil atracción sexual que allí aprecié es inmadura, y por eso la podemos considerar como precristiana. «El strip-tease reanuda hoy... el culto del falo y de la prostitución, ejercida en el templo en tiempos precristianos» (M. Grotjahn, o. c.). Y todo esto lo digo consciente de que nadie podría levantar la mano y decir que es tan maduro que no sienta en sí mismo esos mismos confusos deseos infantiles.

Ante los síntomas que en lo erótico —y lo mismo en lo religioso y en lo político— se aprecian en este país de super-desarrollo, habría por eso que preguntarse, como lo hizo un inteligente compañero de viaje: ¿estamos en presencia de un país que está muy desarrollado, pero poco civilizado?

Echemos una ojeada al aspecto religioso. Allí —en esa poderosa, cada vez más poderosa nación— se me manifestaron claramente, más o menos mezclados, los tres elementos que componían la religión primitiva: el magismo, el animismo y el telmo (H. Lais, «Apologetica»). Por eso me encuentro en la necesidad de definir la situación religiosa que allí vi, calificándola de «precristiana», porque sin duda es una extraña mixtura de esos tres aspectos religiosos.

En primer lugar se manifiesta una religión establecida, bien organizada burocráticamente, con un gran aburguesamiento, y en la que el sacerdote católico, o el pastor protestante, es un funcionario eficaz que suministra la salvación en el «más allá».

Cuando veía a muchos de esos clérigos católicos o pastores evangélicos a nivel de grandes profesionales, con sus excelentes automóviles, tranquilos, eficientes y con muestra de gran desahogo económico, me preguntaba si la incredulidad reinante en el mundo germánico —y, en general, en todo el mundo occidental— no era, en buena parte, producto de este «funcionamiento religioso» que está hoy vigente en los países más desarrollados (sobre todo Norteamérica y Alemania). Lo veía, al contemplar ese panorama, que aparece como una reproducción modernizada de la antigua religión precristiana del «mago de aldea», que procuraba la salvación mediante un oscuro rito religioso y una sustanciosa contribución económica. Vi allí tratada la dura crítica del gran teólogo cristiano J. Hromadka: «millones de obreros y oprimidos han llegado a la convicción de que el hombre en su vida concreta, en su dignidad, está siendo atacado por la civilización moderna que se pretende cristiana» («Evangelio para los Ateos», Editorial ZYX). Lo mismo que acaba de proclamar también el popular escritor Harvey Cox en las reuniones que se acaban de celebrar en Roma, convocadas por el Secretariado Pontificio para los no-creyentes: «una Iglesia que no está en medida de adoptar una firme actitud ante la guerra; ... una Iglesia que predica la pobreza, pero continúa acumulando propiedades, no es una Iglesia que merece que se crea en ella».

Ante esta «Iglesia increíble», según Harvey Cox, se pregunta uno: «el servicio religioso que se celebra públicamente y la organización de las Iglesias, ¿no es verdad que se han convertido en fachadas que ocultan un vacío espiritual?» (J. Hromadka, o. c.). En muchos aspectos —manifestados por las Iglesias, evangélicas

o católicas— vemos ese vacío espiritual, que es una forma de incredulidad «que mina los fundamentos de nuestras Iglesias» en forma más grave y profunda que la incredulidad de los que son oficialmente increyentes. Y «no nos engañemos por la actividad (externa) de las Iglesias que parece despuntar en algunos países; todo esto puede ser también o el espasmo final previo al hundimiento total o una rutinaria afirmación sin vida de algo que se va perdiendo poco a poco» (J. Hromadka, o. c.).

Este duro diagnóstico podría hacerse de gran parte de la religiosidad oficial de las Iglesias alemanas. Y habría que preguntarse si no está ocurriendo algo parecido en las Iglesias de otros países, ya que este proceso de aburguesamiento y burocratismo empieza a corroer sus organizaciones si no cambia rápidamente de signo en su actitud.

En vez de preocuparse del grave problema de la incredulidad creciente —en Alemania, como en otros países de tradición cristiana, apenas se ve el cristianismo en la vida—, la preocupación de las altas esferas eclesiásticas se centra en tres puntos que chocan un poco al espectador imparcial que contempla este importante problema del apartamiento de lo religioso. Se pone en primer término la precisión doctrinal, inquietos como están los obispos fundamentalmente por la ortodoxia de las ideas; ante los problemas del clero se fijan fundamentalmente en la defensa de la ley del celibato eclesiástico, y ante los problemas sociales se quedan todavía en un ingenuo anticomunismo puramente negativo.

Cuando un profesor, como el inteligente padre Halbfas, pretende enseñar en Alemania la religión con conceptos modernos, se le retira del Instituto de Catequética y Homilética, porque no se acepta la ortodoxia de sus ideas renovadas, a pesar del apoyo que le han prestado los teólogos más calificados del país: Küng, Ratzinger, Auer, Schelkle, Haag, Blemer, Metz, Kasper y Schnackemburg.

Sin duda hay que reconocer que existe un grave problema sacerdotal en el mundo de hoy. Muchos no saben con claridad cuál es su función de clérigos en un mundo profano. Pero los obispos alemanes en su Asamblea extraordinaria de final de diciembre, se preocuparon preferentemente de insistir en la obligatoriedad de la ley puramente humana, que exige actualmente el celibato a los eclesiásticos, proponiéndose —como medida más importante— «ir en contra de la inquietud que es preciso deplorar en muchos ambientes». Como se ve, la actitud negativa primó sobre la comprensión de los problemas y la búsqueda de soluciones eficaces.

Por último se hace necesario meditar en las observaciones que hacía un inteligente párroco alemán —buen amigo mío— acerca de la actitud falta de perspectiva y de realismo que, en las altas esferas eclesiásticas alemanas, existe respecto a la situación política del país. Se olvida la fuerte descomposición —y a veces hasta corrupción— reinante; se da ejemplo de ceguera, incomprendible ante la gran tentación neo-nazi; y toda la fuerza se centra —con gran falta de imaginación— en un infantil anticomunismo que hace años abandonaron los más inteligentes regímenes políticos de los países desarrollados de Occidente.

Se ha olvidado, desgraciadamente, en la Alemania de hoy el ejemplo que dio en la guerra mundial el actual Presidente de la República Federal Alemana, Gustav Heinemann. Parece, incluso, como si su elección fuese producto de una mala jugada que el inconsciente le ha hecho a esa masa del pueblo alemán, humanamente disgregada por el capitalismo burgués.

Porque Heinemann fue el gran líder de la «Iglesia confesante», que se opuso valientemente al totalitarismo nazi que hoy planea por encima de los alemanes como una tentación difusa, y que una Iglesia —evangélica o católica— tan aburguesada como la que allí se ve es incapaz de superar.

No todo es negativo en la religión alemana de hoy, pero me parece que los elementos criticables —como en otros varios países— son más fuertes que los positivos. Y la salvación no vendrá de la complacencia y el silencio, sino de «Iglesias confesantes» como esos pequeños grupos cristianos que promovió hace treinta años el Presidente Heinemann, y que analizaré en mi siguiente artículo.